

En conclusión, el presente volumen nos parece una importante traducción al castellano de un clásico de la literatura catalana medieval. Traducción que, creemos, cubre una laguna importante, ya que hasta esta edición no se habían recopilado completamente en castellano todos los textos profanos en prosa de Joan Roís de Corella. Una vez más estaríamos ante la ardua cuestión de la difusión de los clásicos catalanes en el ámbito cultural y filológico español. En lo que se refiere a esta cuestión hay que señalar que, además del artículo ya citado de Vicent Martines, la *Revista de Filología Románica* (1989, vol. 6) fue el lugar en donde se atendió a la urgencia de una edición crítica de *Tragèdia de Caldesa* en el artículo de la profesora Lola Badia, «*Materiales para la interpretación de la obra literaria de Joan Roís de Corella*», (pp. 213-264).

Hay dos elementos positivos que alcanza Vicent Martines Peres en esta obra. Por una parte, realiza un exhaustivo análisis tanto de cuestiones extratextuales referidas a la vida, ediciones, relaciones... de nuestro autor, como a los elementos propiamente textuales de su obra, estilo... Por otra parte, al presentarnos la prosa profana reunida en su totalidad, acompaña al lector, le aproxima al texto, que es presentado mediante una corta y clara sinopsis de su argumento, y que hace transparente con notas eruditas, como por ejemplo, la nota de la página 156, en la que a partir del concepto de *pasió*n según Roís de Corella establece la relación con Ausiàs March; y precisas, como por ejemplo, la nota de la página 241, en la que explica minuciosamente el léxico, y aclara el concepto oscuro de *cercar* para el lector de Corella.

Por tanto, Vicent Martines Peres consigue presentar una necesaria edición crítica en castellano de la prosa profana de Joan Roís de Corella. No es una obra completa, en la medida en que, a nuestro parecer, debería el texto ir acompañado del original catalán, en una ordenación bilingüe, como hizo el mismo Vicent Martines en el mencionado artículo de la *Revista de Filología Románica*. Pero indudablemente es un buen punto de partida para seguir investigando con más profundidad en este gran clásico autor catalán, y, a su vez, para poder conocer mejor la literatura catalana medieval. En última instancia, es una obra esencial para introducirnos en la lectura de Corella, acompañados de un buen soporte filológico.

Marius SALA, *Du latin au roumain*, trad. de Claude Dignoise, París: L'Harmattan y Bucarest: Univers Enciclopedic, 1999, 187 pp. Por Jairo Javier García Sánchez.

El libro comienza con unas **palabras del autor**, en las que adelanta el método y el contenido. Marius Sala va a exponer la evolución de la lengua latina a la rumana desde la amplia perspectiva románica, esto es, teniendo muy en cuenta lo que ha sucedido en las demás lenguas romances. Llama la atención que esto represente, de acuerdo con el autor, una novedad, pues se nos antoja evidente que semejante

visión no es sino la más legítima y necesaria de todas las posibles, sin la cual, ciertamente, cualquier explicación resultaría parcial y quedaría incompleta.

Las lenguas románicas presentan cambios propios de su condición neolatina y por ello, si no todas, muchas de las transformaciones que ha experimentado el rumano han de estar ligadas a ese origen y se han de comprender dentro de ese mismo marco. Aunque el rumano ha permanecido aislado del resto de la Romania durante mucho tiempo, su desarrollo está condicionado mayoritariamente por su base latina.

En las **consideraciones preliminares** (pp. 10-37), Sala confirma la continuidad del latín en el territorio de la Dacia, de manera que la romanidad no se habría perdido en el primer milenio, y, por tanto, no se habría recuperado por la migración de gentes romanizadas del sur del Danubio. Algunas de las pruebas que sirven para sustentar esta teoría, conocida la ausencia de referencias explícitas a los rumanos entre los siglos III y X, son el mantenimiento y evolución, con rasgos del tracodacio tardío, de la hidrotponimia antigua (cf. *Dunăre*) y la filiación directa de las palabras rumanas de sustrato tracodacio comunes con el albanés (pp. 25-27). La ausencia de germanismos antiguos en rumano se debe al escaso contacto con los pueblos godos (pp. 27-29).

La paradoja que supone que la evacuación del ejército y de la administración romana de la Dacia, a partir del año 271, se tradujera en la pervivencia de la romanidad al norte del Danubio, mientras que al sur —donde la vida romana había continuado— la población romanizada fuera ulteriormente asimilada por los eslavos, es solo aparente, pues fue precisamente esa evacuación lo que acabaría favoreciendo la llamada «segunda romanización de la Dacia», esto es, la asimilación por parte de las poblaciones autóctonas romanizadas de los pocos eslavos que no se desplazaron a tierras más al sur, y, en consecuencia, el mantenimiento de la romanidad (pp. 22 y 30-31).

De la existencia de la romanidad al sur del Danubio en ese periodo nos habla el relato de una anécdota que podría convertirse en el primer testimonio de una lengua romance. Se trata de la expresión «*torna, torna, fratre*» pronunciada «en su lengua materna» por un soldado bizantino en el año 587 para avisar a un mulero de la inminente caída de la carga de un mulo, y que pareció interpretarse como la orden de repliegue del ejército (p. 29)¹.

Algunos lingüistas se apoyan en este hecho para considerar que el rumano estaría ya formado en el siglo V—. Esgrimen además que la continuidad del latín clásico no frenó la transformación lingüística, pues pronto —primera mitad del siglo VII— se reemplazó el latín por el griego como lengua oficial del Imperio Romano de Oriente —el aislamiento del latín danubiano sería uno de los motivos de ese reemplazo— (pp. 34-35).

¹ Sobre la controvertida interpretación de esta expresión, vid. E. Coseriu, «Theophylactus, II, 15. O contribuție la clarificarea lui τóρνα, τóρνα, φράτρε», *Limba română* (Chișinău), II, 1, 1992, pp. 51-62; traducción del alemán por E. Munteanu, con anotaciones del traductor.

Sala señala que el rumano debía de estar ya constituido, sobre un vasto territorio cortado por el Danubio, cuando entró en contacto con el antiguo eslavo, ya que los viejos eslavismos, que se incorporan tras el siglo VIII, no alcanzan las modificaciones que se observan sobre el latín. Por otro lado, las variedades actuales del rumano (dacorrumano, arrumano, meglenorrumano e istrorrumano) poseen unos rasgos comunes que indican que en la época de la formación de la lengua, los antecesores de los rumanos todavía no se habían escindido —los antecesores de los arrumanos se desplazan hacia el sur probablemente en el siglo X— (pp. 33-34).

Tras esta explicación introductoria, que ha servido para definir el nacimiento del rumano y para calibrar sus condicionantes culturales e históricos, el autor tiene la intención de mostrar cómo se ha transmitido la estructura latina y cómo han repercutido en ella las influencias que ha recibido de las lenguas con las que el rumano tomó contacto. Así, Sala pasa a analizar los distintos niveles lingüísticos (léxico, formación de palabras, morfología, sintaxis, fonética y fonología) de manera precisa y detallada. Capítulo por capítulo se van a ir destacando las coincidencias del rumano con las otras lenguas románicas, con todas o con algunas en particular, al tiempo que se muestran las características idiomáticas que lo distinguen.

En seguida se hace evidente que va a dar preferencia al **léxico** —comienza por este apartado y le dedica tanto espacio como a todos los demás juntos (pp. 38-115)—. Su cariz de nivel menos estable le otorga ya de por sí un mayor interés para apreciar la percepción de las distintas influencias. La semántica adquiere gran relevancia, pues el estudio de las palabras se realiza en función de los campos semánticos y de los cambios operados en ellos.

El autor enumera y clasifica varios vocablos de origen latino, primero en grupos románicos comparativos (palabras panrománicas, palabras conservadas en rumano y en alguna otra lengua, palabras heredadas solo en rumano, palabras panrománicas que el rumano no ha heredado o que ha tomado por vía culta), y luego, siguiendo inventarios anteriores de autores como Domaschke, Fischer o Pușcariu, por campos semánticos o grupos asociativos; fundamentalmente se centra en el campo asociativo relativo al hombre (el sexo y la edad, el cuerpo y sus funciones, las actividades humanas, la familia...), ya que, de acuerdo con Sala, éste es sin duda el campo onomasiológico más importante de una lengua (pp. 38-69).

Se comprueba así que el vocabulario heredado del latín ocupa en rumano el primer lugar o el lugar fundamental, tal como sucede en las demás lenguas romances, a pesar de que esta herencia no alcanza sino unas dos mil palabras aproximadamente, quinientas de las cuales son panrománicas. La frecuencia —de acuerdo con la teoría formulada por Hasdeu (p. 72)—, la polisemia y la riqueza derivativa, útiles herramientas para delimitar un inventario de voces rumanas importantes, vendrían a confirmar este hecho (pp. 70-75).

Sala alega, no obstante, que no siempre es posible explicar la desaparición de ciertas palabras latinas en rumano, por lo que deja como incógnita la no continui-

dad de los vocablos latinos que designaban nociones como las que ahora denotan los eslavismos *iubi* «amar» o *drag* «amor, querido» (p. 44). Por el contrario, el repaso léxico y los criterios antes señalados le llevan a postular un posible étimo latino **talpa* —y no el húngaro *talp*— para la palabra rumana *talpă* «planta del pie» y sus hermanas en friulano, dialectos franceses y franco-provenzales (p. 70).

Manteniendo una línea preferente por los aspectos del significado, Sala analiza los cambios en la estructura semántica de algunas palabras latinas. Nuevamente aquí la comparación con las otras lenguas romances se revela muy fructuosa, puesto que explica sentidos secundarios de ciertas voces rumanas (cf. rum. *capră* «grúa»), ofrece significados muy próximos al que tienen algunas palabras rumanas en las que éste se ha conservado en exclusiva (cf. rum. *barbă*, junto al esp. *barba*), y aclara algunas evoluciones semánticas gracias a sinónimos en otras lenguas (cf. rum. *a ajunge*, al lado del esp. *alcanzar*) (pp. 77-79).

El cristianismo influyó notoriamente en la evolución semántica de no pocas palabras rumanas, hasta el punto de que observamos traslaciones únicas en esta lengua: rum. *draco* «diablo», rum. *Crăciun* «Navidad» (< lat. *creationem*), rum. *colindă* «villancico» (< lat. *calenda*) (p. 82). Otros cambios semánticos se justifican por el paso en la Dacia a la vida rústica, tras la evacuación romana: rum. *pământ* «tierra, suelo» (< lat. *pauimentum*) (p. 83). Ciertamente, como se explica poco después, la historia del vocabulario ayuda a comprender mejor la historia del pueblo rumano (p. 91).

El autor expone bajo el epígrafe —no sé si bien o mal llamado— «*relaciones de sinonimia*» un pequeño pero interesante muestrario de ejemplos que continúan, pese a los cambios sufridos por las palabras, la misma correlación de oposiciones semánticas del latín (cf. lat. *ignis-focus*, y rum. *foc-vatră* —palabra de sustrato—), frente a otros, más numerosos, que, por el contrario, la han alterado (cf. lat. *albus-candidus*, y rum. *alb*; lat. *fructus: fruges-bacae-poma*, y rum. *fruct* —cultismo—: *poamă*, además de *frupt*) (pp. 85-88).

El estudio del vocabulario rumano se completa con el repaso del resto de integrantes léxicos por sustrato, adstrato y superestrato. La lengua rumana posee palabras tracodacias, griegas, germánicas, del antiguo eslavo, del eslavo de la administración y de la religión, del pechenego y del cumano, del húngaro, del griego bizantino, del griego moderno, del turco, de las lenguas eslavas modernas, de las lenguas romances modernas, del inglés y del alemán. A todas ellas se hace referencia, al menos con un párrafo.

Vemos así que pertenecen al sustrato tracodacio (pp. 91-99) unas ochenta palabras en rumano, cifra similar a la que se observa en los sustratos respectivos de las demás lenguas romances. Su peso en el vocabulario representativo es también parecido —veintitrés palabras, según el autor—.

Del antiguo eslavo como superestrato (pp. 99-106) han pasado al rumano unas 230 palabras adscritas a todos los dominios semánticos, lo que supone que el elemento eslavo ocupa el cuarto puesto en el vocabulario representativo, la misma

posición que el elemento germánico en lenguas como el francés o el italiano. El paralelismo romance es mayor si constatamos que un término eslavo del rumano suele corresponderse con un término germánico en las lenguas romances occidentales (cf. rum. *bogat*, fr. *riche*, it. *ricco*, esp., port. *rico*).

Por otro lado, mientras el latín medieval influyó sobre las lenguas de la Rumanía occidental desde su aparición, el paralelo o contrapunto en la Rumanía oriental está representado por el eslavón, la lengua eslava usada en la Iglesia y en la administración; las palabras eslavonas del rumano se corresponden con cultismos latinos en las lenguas romances occidentales (pp. 106-109).

Lenguas de adstrato han sido el húngaro (solo en dacorrumano) —Bakos ha probado que hubo un bilingüismo rumano-húngaro (p. 111)—, el griego moderno (sobre todo en arrumano), el turco, las lenguas eslavas modernas y el alemán.

Sala hace notar que desde finales del siglo xviii la lengua rumana ha recibido una importante influencia occidental, especialmente del francés —aunque también del italiano y del propio latín—, la cual ha sido denominada por Pușcariu como una rerromanización (p. 113). Esta influencia se ha traducido en la renovación de las palabras de ciertos dominios. Los préstamos del inglés son los comunes a otras lenguas europeas.

El paralelismo y la convergencia con el resto de lenguas romances —algo que Marius Sala quería dilucidar— parece demostrado tras este análisis del léxico heredado del latín y de los préstamos por sustrato y superestrato.

Algunas pocas voces y evoluciones semánticas expuestas, no obstante, nos suscitan ligeras dudas respecto de su comentario o clasificación, y en ocasiones nos sugieren más posibilidades, por lo que podrían ser merecedoras de revisión. Así, hemos de decir que el arrum. *pulicar* (< lat. *pollicaris*) tiene su exacto paralelo en el esp. *pulgar* (p. 43). Además, el lat. *oblitare* (> rum. *uita*) no ha de llevar asterisco, puesto que está documentado (p. 60), y lo mismo sucede con el lat. *ambulare* (> rum. *umbla*) (p. 68). El lat. *subire* (> rum. *sui*) se ha conservado en español y en portugués (*subir*) y no solo en español antiguo (*sobir*) (p. 67)². El sentido inicial del lat. *bucca* (> rum. *bucă* «mejilla») no era «boca, interior de la boca», sino «mejilla», valor que, según el autor, aparece, además de en rumano, solo de manera aislada en latín vulgar en ciertas inscripciones (p. 79); no se trataría de una innovación rumana, sino más bien, al contrario, de un arcaísmo.

Tras el desarrollo del léxico, el autor mantiene su interés por él, ya que dedica un capítulo a la **formación de palabras** (pp. 116-130), proceso a medio camino entre el léxico y la morfología gramatical. Trata aquí de los procesos de derivación (prefijación, sufijación e incluso derivación regresiva) y composición, que ya mostraba el latín y que han mantenido las lenguas romances ampliándolos o reduciéndolos, según los casos.

² Con respecto a su etimología (*sub-* «hacia arriba» + *ire*), vid. B. García-Hernández, «Los resultados del prefijo latino *sub-* en español», en B. García-Hernández (ed.), *Latín vulgar y tardío. Homenaje a Veikko Väänänen (1905-1997)*, Madrid: Ediciones Clásicas, 2000, pp. 63-96.

La prefijación, por ejemplo, se ha aminorado en las lenguas romances, aunque éstas han recibido en época más reciente numerosos prefijos latinos como cultismos. El rumano posee un elenco de prefijos más amplio que las otras lenguas romances —algunos de origen eslavo—, si bien la mayor parte procede de la romanización del siglo XIX.

Los sufijos también han variado en su paso desde el latín clásico al latín popular; las palabras sufijadas en rumano son, como las prefijadas, más numerosas que en el resto de los romances. La composición muestra así mismo algunas particularidades en rumano, como la productividad del tipo sustantivo + sustantivo (cf. rum. *barba-caprei*) —al igual que en antiguo francés—, debido a la conservación de la flexión nominal.

El estudio de la morfología (pp. 131-154) se inicia con la afirmación de que la gramática del rumano —la gramática es el compartimento más estable de una lengua— ha sido heredada del latín casi en su totalidad.

Las transformaciones e innovaciones panrománicas ya manifiestan ciertas particularidades en rumano. Así, al repasar algunas nuevas categorías gramaticales romances, advertimos fenómenos como la posposición del artículo, el mantenimiento del condicional analítico y la existencia del futuro también analítico con *uolo*; todos son hechos lingüísticos perfectamente explicables desde el punto de vista románico, por lo que no es necesario apelar al superestrato eslavo. Tampoco hay que recurrir al eslavo cuando hablamos de la flexión casual, puesto que ésta representa antes bien un estado de conservación próximo al latín.

Sala explica así mismo la solución románica del plural, de la flexión del adjetivo y sus grados de comparación, de los diversos pronombres, del numeral, del verbo, del adverbio y de las preposiciones, resaltando siempre las características distintivas de la lengua rumana. Dedicada además un apartado a aquellos aspectos o hechos lingüísticos que no aparecen o son poco frecuentes en las lenguas romances —algunos ya vistos—, y reflexiona sobre las causas de alguno de esos fenómenos —evolución interna la mayor parte de las veces, frente a influencia externa—.

Expone finalmente el inventario que Gauger había recogido sobre las particularidades morfológicas del rumano, no existentes en el resto de lenguas romances, y en un último apartado parece querer dejar claro que los hechos morfológicos atribuidos a influencias exteriores ocupan una posición periférica, nunca central, en el sistema morfológico rumano.

Siendo puntillosos, se le podrían hacer un par de precisiones a esta sección: en la p. 137, cuando se dice que «ciertos sustantivos rumanos, homónimos en singular», pueden tener formas de plural distintas y sentidos diferentes (cf. sing. *cap*: plur. *capi* / *capete* / *capuri*), habría de decir «ciertos sustantivos polisémicos», porque en todos los ejemplos aducidos estamos ante una palabra polisémica y no ante varias homónimas. De igual manera, cuando en la p. 140 el autor dice que «el pronombre posesivo está siempre asociado a un artículo en las lenguas en las que la

forma del adjetivo posesivo es idéntica a aquella del pronombre posesivo (rum. *cartea mea*, it. *il mio libro*, port. *o meo jardim*)», habría de decir «el adjetivo —y no el pronombre— posesivo está siempre asociado a un artículo...».

En el capítulo dedicado a la **sintaxis** (155-162) se incide de nuevo en el aspecto general románico para, desde esa base, revisar y entender mejor los rasgos particulares del rumano: se alude en primer término a la reducción panrománica del número de conjunciones, que fue paliada posteriormente a partir de nuevas creaciones con elementos heredados del latín; precisamente, el rumano dispone del inventario más rico y original de conjunciones subordinativas.

La historia de la subordinación en rumano alcanza su momento más trascendente en el siglo XIX cuando se dibuja el perfil moderno de la sintaxis bajo la influencia de la lengua hablada y del modelo sintáctico de las lenguas romances; se asiste entonces a la ya conocida rromanización, también importante, según se ha visto, en el plano léxico.

En los apartados sucesivos Sala resalta la especificidad del rumano al introducir los complementos directos, menciona su pronominalización general, y señala la relativa libertad en la correspondencia de tiempos y en el orden de palabras como consecuencia de la flexión casual. Concluye con la convicción de que los préstamos sintácticos no han modificado la estructura latina de la sintaxis rumana; ésta además ha reforzado su carácter romance por la influencia del francés, que ha permitido eliminar ciertos modelos extranjeros importados por la lengua de las traducciones.

El autor se ocupa, por último, de la **fonética y fonología** del rumano (pp. 163-179), una vez más dentro del marco general romance, pues, aunque el rumano presente transformaciones específicas, varias, si no todas, pueden vincularse con procesos similares en la evolución de las otras lenguas románicas, y no es necesario recurrir por ello al sustrato tracodacio o al superestrato eslavo.

Vemos así que la diptongación de las vocales *e* y *o* tónicas en *ea* y *oa*, que se da en los cuatro dialectos, se debe a metafonía, fenómeno frecuente en los dialectos meridionales italianos, en leonés y en portugués. Algo parecido sucede con la evolución de las consonantes geminadas, donde la oposición *simple-geminada*, de cantidad consonántica, ha sido reemplazada por una oposición de fuerza, y las consonantes simples han sufrido rotacismos comparables a los de los dialectos franco-provenzales e italianos septentrionales.

Otros fenómenos importantes explicables por evolución interna son: la asimilación parcial de la velar implosiva en *ct* > *pt* (lat. *lacte* > *lapte*), y *cs* > *ps* (lat. *coxa* > *coapsă*); la diptongación de *ě*, incluso en sílaba cerrada (también se da en español, valón, friulano y dalmata —zonas periféricas donde pudo manifestarse más el latín popular—); la aparición de *ʃ*, que resulta de la palatalización de la *s* latina seguida de *e* e *i* (*ʃes* < lat. *sessus*; *ʃi* < lat. *sic*); la palatalización más reciente de la-

biales; o el reforzamiento del elemento labial en detrimento del velar en las labiovelares latinas (*apă* < lat. *aqua*; *limbă* < lat. *lingua*).

Sala reconoce como posibles préstamos de superestrato eslavo en rumano un sonido [h], al igual que ha sucedido en francés y en sobreselvano con el superestrato germánico; la presencia de los fonemas /dz/ y /z/; y ciertos grupos consonánticos, *cl, gl* (*clopot* < v. sl. *klopotŭ*; *glas* < *glasŭ*), que han desaparecido en las palabras heredadas del latín por la palatalización de *l* (*gheață* < lat. *glacies*). El autor se muestra convencido de que el desarrollo del rumano en un medio alóglota no ha modificado esencialmente su estructura fonética latina (p. 178).

En las páginas finales del libro, a modo de **conclusión** (pp. 180-183), el autor rememora los periodos en que se puede dividir el rumano, que hasta el siglo X no se separó en los cuatro dialectos actuales; ya en dacorumano distingue entre periodo preliterario y literario, y este último, a partir de 1521, queda dividido a su vez en época antigua y moderna, la cual se corresponde con la influencia latinorromance o rerromanización.

El último párrafo sirve muy bien para definir la tesis y el pensamiento de M. Sala en esta obra, pues tras insistir en que los contactos del rumano con las diversas lenguas no han modificado su estructura latina, llega incluso hasta el extremo de considerar al rumano como «la más latina de las lenguas romances», por haber desarrollado de manera más natural sus tendencias. ¿Quién se atreve, después de lo expuesto, a contradecirle?

La **bibliografía** resulta demasiado selectiva y restringida (pp. 185-186), pues comprende 26 títulos que versan específicamente sobre la lengua rumana, y si alguno alcanza más allá, es de autor rumano. Dado el carácter del libro y la primera parte del título (*Du latin au...*), uno esperaría ver incluidas en esa selección las principales obras sobre el latín vulgar, como el manual de V. Väänänen. Teniendo en cuenta además la importancia que se concede al léxico, echamos de menos también, entre otros, los estudios de G. Rohlfs y H. Lütke sobre el léxico románico.

Cierra el libro un escueto índice de capítulos o **tabla de materias**, pero observamos la falta de unos índices de palabras o expresiones, tan útiles siempre en obras como ésta. Por último, conviene señalar que una revisión final del libro hubiera podido evitar muchas de las erratas de las que adolece esta traducción francesa; cf., por ejemplo, «*sta* (< lat. *stringere*)», que anticipa y repite equivocadamente la etimología de *strânge*, o «*întinde* (< lat. *intindere*)», en lugar de *intendere* (pp. 66-67).

Estamos, en cualquier caso, ante un excelente libro de síntesis, de fácil lectura y correcta disposición estructural, que nos ha confirmado, si es que todavía había alguna duda, la continuidad latina y el paralelismo romance que caracteriza a la lengua rumana, perfectamente visibles a poco que uno se introduzca en ella.